



YO LO MATÉ

Este señor cura es el hombre a quien le pasan casos y cosas. En 58 años de brega ha visto tal cantidad de paradojas y de “imbroglii” que ya por nada en este mundo se inmuta y nada le hacer perder la perpetua y fina sonrisa.

Sin embargo ayer oyó una palabra tal, que le dejó un rato triste y desapacible. Estaba el señor cura en su rectoral haciendo no se que de cuentas de gastos en cemento y obreros para la iglesia en construcción, cuando irrumpe con paso precipitado y con ojos extraviados una señora llorando.

-¡Padre! Óigame el crimen horrendo que le voy a contar: ¡he matado a mi hijo! A mi hijo Carlos. ¿No lo conoció? ¡Pues yo lo mate! Anoche me lo trajeron bañado en sangre, pero yo fui quien lo mato. ¡Yo, padre, que era su madre!

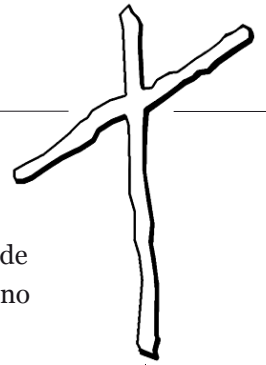
El señor cura, acostumbrado a toda clase de situaciones, interrumpió lentamente en su trabajo, y con total señorío de sus nervios aparto con sus manos muy blancas los anteojos y calvo su mirada inteligente en la señora para persuadirse si estaba loca o cuerda. Óigame, padre, el enorme delito mío. Y dígallo en el pulpito para expiación mía y remedio de los demás. Mi hijo se ha suicidado: pero yo fui la causa. Se suicidó porque vio destrozada su vida; porque vio aniquilados sus anhelos, sus más nobles ilusiones. Carlos estuvo de 14 a 15 años

en el seminario, y quiso se sacerdote; pero cuando yo me di cuenta de su tendencia me opuse temblando de egoísmo y lo saqué de allí. Le quebré la primera ambición de su vida, las más pura y la más generosa.

Después siguió estudiando en un colegio y quiso ir a graduarse en medicina al exterior. Me suplicó y me rogó que lo mandara, y yo, aunque podría muy bien hacerlo, invente mil pretextos para que no se apartara de mi lado. Al fin viendo que pasaban los años inútilmente, se fue contra todos mis ruegos a la escuela militar. Tenía ese muchacho pasión por la gloria y por la fama, pero yo me atravesé egoísta en todos sus caminos y quise someterlo a todas las mediocridades. Salió de la escuela ya teniente, y cuando comenzó la guerra allá lejos, Carlos se hizo inscribir en primera línea y marchó. Pero logré con el general que era amigo nuestro, lo colocaran en un lugar sin peligro donde no perdiera la vida, pero tampoco ganara la gloria. Y así fue: estuvo durante todo el tiempo en una ciudad abierta amaestrando reclutas. Me escribió desde allí varias veces violentamente disgustado porque le había cegado el camino de lo difícil y de lo glorioso.

Después de la guerra volvió sin medallas y sin dinero maldiciendo de su suerte que a todas sus empresas se oponía.

Allí en el pueblo su merced sabe que Carlos estaba para casarse con una joven muy buena y muy bella:



pero yo, no queriendo que se apartara de mí, frustré el matrimonio.

Y cuando se vio defraudado en su última ilusión, puso trágico final a una vida que yo no le permití grande, que desde el principio me propuse hacer mediocre por mi gran egoísmo.

Y aquí tiene su merced el papel que he encontrado anoche en el bolsillo: “madre, por tu culpa me ves así.

Me cegaste todos los caminos: el camino de la santidad, el camino de la gloria y el camino del amor.

La señora viuda cayó privada mientras el señor cura palidecía intensamente y borraba de sus labios la perpetua y fina sonrisa.

Padre Rafaél García Herreros (Cuentos).

